

CULTURA Y ESPIRITUALIDAD INDÍGENA Y CAMPESINA EN MÉXICO: LAS FIESTAS DE LA IDENTIDAD*

ALEJANDRO CHAO BARONA

*Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Unidad Central de Estudios para el Desarrollo Social
Cuernavaca, México
alejandrochaob@yahoo.com.mx*

RESUMEN

En este ensayo se presentan algunas razones que fundamental la realización de las *Fiestas de la Identidad* que ha venido promoviendo la Unidad Central de Estudios para el desarrollo Social de la Universidad Autónoma del estado de Morelos desde hace quince años, con el único propósito de despertar la consciencia de la población que habita en comunidades Urales y marginales acerca de la identidad cultural y la espiritualidad de nuestras raíces indígenas y su importancia para el mundo contemporáneo. Estas fiestas se celebran en lugares significativos: zonas arqueológicas como Xochicalco y Chalcatzingo; o lugares vinculados a la conservación de la naturaleza; lagunas de Zempoala; lugares ligados a costumbres comunitarias: Cerro de Santa Barbará en Totolapan; o lugares importantes en el proceso de creación de la utopía histórica de la sociedad, como el campo del Cuajar en Anenecuilco, donde inicia el reparto de la tierra el general Emiliano Zapata.

Palabras claves: Identidad cultural, espiritualidad indígena, culturas indígenas, consciencia social.

INDIGENOUS AND RURAL CULTURE AND SPIRITUALITY IN MEXICO: THE FESTIVALS OF IDENTITY

ABSTRACT

In this essay I present some reasons that are fundamental for carrying out the *Festivals of Identity* that the Central Unit of Studies for Social Development of the Autonomous University of the State of Morelos has been promoting for fifteen years with the singular purpose of awakening the conscience of the population that lives in the rural and marginal communities concerning the cultural identity and the spirituality of our indigenous roots and their importance for the contemporary world. These festivals are celebrated in significant places: archeological areas such as Xochicalco y Chalcatzingo; or places connected to the nature conservation; the lakes of Zempoala; places connected to community customs: the Hills of Santa Barbara in Totolapan; or important places in the process of creation of the society's historical utopia, like the field of Cuajar in Anenecuilco, where the General Emiliano Zapata first distributed land.

Key words: Cultural Identity, Indigenous Spirituality, Indigenous Cultures, Social Consciousness

INTRODUCCIÓN

Estamos en un país con su propia historia y su propio territorio, con su composición multiétnica, donde el pensamiento de la cultura occidental –que nace del frenesí báquico y de la mesurada razón micénica, del tanático esoterismo egipcio y de la sobriedad de la palabra plantada en el desierto– se integra en la cruz de la aceptación gozosa y esperanzada de la muerte, la encarnación humana del dios y la resurrección del hombre divinizado. Este pensamiento, enriquecido por la magnificencia del canto gregoriano y el rito griego, purificado por la reflexión cabalística del zohar y la plegaria coránica dirigida hacia el vacío, deja Hispania y conquista por la espada y la prédica un nuevo continente. Se trata de un pensamiento que, en el momento de la conquista, no dialoga, sólo ofende. Se graba con el fuego de la hoguera inquisitorial en los corazones de quienes esperaban el retorno de los dioses. Destruye lo que ignora y se reduce al hambre, la codicia, la lujuria y el orgullo.

Sin embargo, de esta semilla de dolor surge el mundo nuevo, una nueva España, donde los hombres de hierro y la raza de bronce que quieren realizar el reino de dios aquí en la tierra, en el aquí y ahora del mestizaje; y cumplir, así, la profecía de la serpiente que se empluma y lanza al cielo: quetzal, arco iris, vía láctea.

Sin embargo, siglo tras siglo se pospone la realización de la utopía y la patria se inmola en la complacencia y la lucha por el poder estéril, la riqueza codiciosa de la usura y el olvido de la necesaria dinámica del trabajo, la apertura a nuevos horizontes, y la inclusión de todas las castas en una nación que ventile abiertamente sus diferencias de poder y saber, las disparidades en la distribución de los recursos y de las riquezas, y la discrepancia de las posibilidades y aspiraciones que separan como abismos infranqueables a los diferentes sectores y estratos de la población.

De nada parece servir el sacrificio de un millón de hombres en la gran revolución que intenta la igualdad política y la justicia social. La tierra deja de ser madre y amante de quien la trabaja porque el sistema la transforma en una mercancía más, lo cual agudiza y acelera el despojo. También el agua se embotella y se vende, se arrebatan los derechos de riego a los campesinos para otorgárselos a los empresarios agrícolas. El aire se corrompe y el sol amenaza con destruir a esta humanidad para dar pie a una nueva civilización o a otra especie.

Se pierde el valor de lo sagrado y se mercantiliza la espiritualidad con las creencias y ritos de la Nueva Era. Creencias que se desconectan de lo real y, por lo tanto, dejan insatisfecha la conciencia que se lanza a la búsqueda frenética de doctrinas lejanas y, por tanto, culturalmente incomprensibles, aunque perfectamente manipuladas por los dueños del mercado.

1. PRESENTACIÓN DE LA UNICEDES

En el estado de Morelos, la universidad pública, a través de la Unidad Central de Estudios para el Desarrollo Social, UNICEDES, se ha planteado entre sus objetivos apoyar la autogestión y autonomía comunitarias en la prosecución del desarrollo integral, entendido desde la pluralidad cultural, y no desde modelos hegemónicos impuestos desde el exterior.

El conocimiento y respeto de los derechos humanos, la capacidad de asumir la responsabilidad de la propia salud, el fortalecimiento de la vida comunitaria gracias a la participación de toda la sociedad, la dignificación de los ancianos y las mujeres, la educación pertinente de niños y jóvenes, vinculada al trabajo y a la seguridad pública y social de la vida civil, la autogestión de proyectos productivos para ampliar el empleo, la recuperación de la memoria colectiva y el reconocimiento de los horizontes utópicos que plantea la vida campesina son los sustratos fundamentales de una tierra fértil desde la cual podrán surgir potencialidades y realizaciones para ese desarrollo social integral y sustentable.

El fundamento metodológico del trabajo de la UNICEDES es la escucha atenta y respetuosa de

recuerdos, aspiraciones y acciones que se deben realizar a fin de alcanzar los anhelos que la propia comunidad se ha planteado en el proceso memorable de su constitución y en el entramado del tejido de su vida cotidiana: las fiestas patronales; el *tequío* –trabajo común–; las asambleas, en las que el consenso es fundamental; y el ejercicio cotidiano de tiempos y ritos consagrados al maíz y cultivos asociados.

2. LAS FIESTAS DE LA IDENTIDAD

En algunos reductos de la patria viva se mantiene la tradición, la fuerza oculta de los usos, el ímpetu explosivo de las costumbres rituales y las formas de ser que integran la acción al pensamiento y llevan la tensión humana hasta el límite del espíritu. La teología está latiendo en la vida plena de los campesinos, con sincretismos y remembranzas. La espiritualidad es acción: siembra del maíz, contacto del hombre con el sol, el aire, la tierra y el agua. La mística es la integración de todos estos elementos, *nahui ehecatl*, los cuatro puntos cardinales, la jícara celeste y la madre tierra en las espirales ascendentes y descendentes del poder vital en la planta del maíz que alimenta al hombre y el hombre que alimenta con sus cenizas a la planta de maíz. Cuando se sacrifica la planta, se decapita, se le arrancan las mazorcas; se escoge la semilla para continuar la vida en un nuevo ciclo; así es como la conciencia renueva su firmeza, resistencia y ternura, y arriba al límite de la potencialidad humana hasta que la madrecita tierra recoge huesos y cenizas y las deposita en la savia de las cañas verdes. Y año con año, el ciclo se repite y la espiral asciende a pesar de los intermediarios que despojan, de los prepotentes que arrebatan y de los poderosos que se apropian de la palabra y la desvirtúan.

Por eso, desde UNICEDES planteamos la necesidad de realizar la transformación social a partir las fiestas de la identidad. Se trata de ir más allá de las fiestas patronales que refuerzan la red de seguridad social comunitaria y que abren a la población a la presencia de todos los extraños, los vivos que vienen del extranjero y los muertos que vagan por los aires en medio de la festividad, comilona y borrachera. Fiestas donde abrimos la invitación a todas las comunidades, para rastrear la raíz, para llegar al fondo del alma, a aquello que nos permite reconocernos como seres de maíz, hijos del maíz y, a la vez, madrespadres del maíz.

Pasado el invierno, en marzo, se festeja al viento, *ehécatl*, que arrastra las nubes; en abril, al sol, *tonátiuh*, manifestación de *huehueteotl* y de *ometeotl*, que confirma con la fuerza de su energía y purifica con el fuego de su pasión; en mayo, fiesta a la madrecita tierra, *tonantzin*, que alberga a las semillas que habrán de humedecerse y crecer; en junio, la festividad del agua, *atl*, *tlálloc*, agradecimiento a las nubes púrpuras que llenan el cielo y son el principio de vida y fuerza germinativa aquí en el suelo; y, siguiendo las huellas del tiempo agrícola, tras los espacios lunares y solares del azúcar que se forma del barro y el sol, en octubre festejamos, finalmente, al maíz, *tláyotl*, esencia de la mujer y del hombre, conciencia en potencia que permite la flor y el canto.

Se genera así una nueva temporalidad pero también una nueva geografía: los espacios sagrados de Xochicalco para la fiesta del viento cuádruple; Chalcatzingo, los restos sagrados más antiguos del estado de Morelos, para la fiesta del sol; Zempoala, lugar de altura, zona bendita de pinos y nubes, para la fiesta de la lluvia; el campo del Huajár, Anenecuilco, tierra de Zapata, para la fiesta de la tierra, donde se abre el primer surco; y el cerro de santa Bárbara, en Totolapan, lugar de la tormenta y la cosecha, fiesta del maíz donde todos los pueblos compartimos los productos que derramó la tierra para agradecer el sudor del campesino.

Se genera, también, una nueva gramática que otorga una nueva identidad, ni indios (palabra mendaz), ni blancos, ni mestizos. Sólo hijos e hijas del maíz que toman conciencia de las fuerzas que dan la vida, de los poderes que permiten al hombre actuar y amar, integrarse en la muerte y resucitar como entes vivos. No hay muerte como aniquilación, sólo transformación del maíz en hombre y del hombre

en maíz. Por ello hacemos fiesta. Festejamos el ciclo eterno, la eternidad del ciclo.

3. LA CULTURA INDÍGENA

La cultura de los pueblos originarios son las prácticas que determinan la marcha de la cotidianidad en aquellas comunidades que enraízan en la tradición: prácticas que tienen que ver con la comida, la danza, el trabajo, la medicina, la lengua, los usos y expresiones sociales, el vestido, los viajes, los ritmos del tiempo y los planos del espacio, etc. Podemos centrar esa cultura al determinar los elementos comunes que le dan identidad a quienes en ella viven y en ella crean: las fiestas, cívicas, patronales y de los acontecimientos de la vida social: nacimiento, matrimonio, muerte; los trabajos comunes al servicio de la comunidad; la designación de autoridades por consenso y como servicio; la cosmovisión centrada en los elementos que dan vida al maíz: sol, vientos, lluvias, tierra...

La cultura determina, define, da lugar y certifica tiempos. El peso de la conquista se refleja así en la nueva lengua que vuelve duras las formas respetuosas de las lenguas las cuales se van perdiendo con los siglos; la forma novedosa de construir las ciudades en los valles y no en los cerros, los *altepetl*; la voracidad de la producción, en vez del respeto al ambiente; los nuevos santos con sus propios cultos; los vestidos que distinguen a los pueblos y llegan a formar parte de su designación; la nueva forma de vivir la vida rural, con ganadería de traspatio, por ejemplo, con el uso del burro, la mula y el buey, y muchas más que modifican la forma de ser, de expresar, de sentir, de amar y de morir, por eso es casi imposible encontrar bajo las piedras de las catedrales los restos de los *teocalli*; o en el abuso del aguardiente que embrutece el ritual de los *teonanacatl* que iluminan.

La cultura determina ahora un nuevo mundo que reniega de su raíz del origen auténtico; que traiciona su tradición; que olvida las señales y los tiempos, las palabras y los objetos. La cultura ahora mezcla y conserva sin comprender o destruye sin entender. El mestizaje se levanta como defensa ante el desprecio del conquistador y ante el dolor de la ignominia de los hijos de la tierra.

4. LA ESPIRITUALIDAD COMO LÍMITE

Cuando la tierra se convierte en serpiente y el aire se ve poblado de las ánimas que arrastran los cuatro vientos; cuando el agua corre hacia los océanos que delimitan el *anáhuac* y cuando el maíz es el dios joven que sonríe en la mazorca, que se regocija cuando es decapitado y renace cada año entre las nubes púrpuras de la tormenta y la energía del sol; entonces, sólo entonces, hemos llegado al límite y podemos hablar del espíritu.

En la cultura prehispánica no existe el mal como entidad metafísica, y, por tanto, no existe el dualismo en la creación como lucha de opuestos, sino que, en el *Anahuacan* el dualismo, *ometeotl*, existe como la conjunción de los elementos complementarios, de los términos y situaciones que se apoyan y sostienen mutuamente y cuyos excesos dañan o benefician las partes del cuerpo o los sectores de la sociedad. Es el dualismo complementario ni contradictorio ni dialéctico. Frío y calor otorgan salud; guerra y paz promueven la sucesión de los ciclos; lluvia y sequía siguen los ritmos de los equinoccios y de los solsticios.

La espiritualidad es el leve roce del límite de la comprensión del mundo por la conciencia abierta y creativa del hombre. El espíritu es el aliento vivificante que nace del sol, de la tierra, de la lluvia y del maíz y que impregna cada gesto, cada emoción, cada pensamiento, cada acción de los hombres en la siembra y de las mujeres en la atención de los hijos y de la casa. El espíritu preserva la contemplación y el respeto de la naturaleza así como la certidumbre de los mundos que sin ser vistos, actúan en el compartir del cuerpo con las entidades que llenan las cavernas, los volcanes, las cañadas y los valles.

5. COSMOVISIÓN

De ahí que la cosmovisión heredada por los campesinos y conservada en el fogón de las comunidades integra los planos del cielo, los movimientos planetarios que determinan los días faustos y los nefastos, la siembra, la escarda y la cosecha; los aires que atraen y se llevan las nubes, las lluvias que derraman semen celestial sobre la fértil abertura de la tierra; con los duros suelos de la mitad del año y los lodos generosos de la otra mitad, y con los planos del inframundo, donde se esconden sombras y huesos envueltos en petates o en cajas de piedra, o donde se disipan las cenizas de los fieles difuntos que asisten puntuales a la comida que celebra la cosecha y a las invocaciones canturreadas de las rezanderas.

El cosmos se repite en el cuerpo humano y en toda la naturaleza: el arriba y el abajo, la izquierda siniestra y la recta derecha, los fluidos corporales y las partes óseas; los animales y las plantas que alivian los fríos y las plantas y animales que alivian de la inflamación caliente.

El cosmos y el cuerpo integrados en la plática amable con los amigos, en el diálogo amoroso con la mujer, en la atención cuidadosa de los hijos, en la entrega a la tierra y al maíz, en el libre gozo ante el colibrí y el venado, en la contemplación del giro de la esfera celestial, en el crepitar del fuego y en la oscuridad que abre la puerta a los cuentos y fantasmas.

6. RURALIDAD Y URBANISMO

La vida en el campo, aunque organizada en el *calpulli*, es difícil, es dura, se pena y se llora. En la Tula mítica, donde quiera que se ubique, la vida se transforma y se acerca a los paraísos de Tláloc, a las visiones del venado blanco, a los ensueños de los hongos mágicos, al brillo de los colores y al trino de las aves.

Por eso la vida rural como realidad de la cultura, del espíritu y de la cosmovisión se orienta a transformar la choza y la aldea en la ciudad ideal, la Tula mítica, la Teotihuacan, la Tenochtitlan que perdurarán eternamente, pues en ellas rige la justicia y se disfruta la abundancia; allá, en el mundo del podría ser, el que quisiéramos que fuera, allá, donde se conforma la vida tolteca, donde se da esplendor a la flor y al canto, donde brilla con maestría el color y la perspectiva de las artes, la sombra y la luz de las piedras labradas, la composición armoniosa del barro, donde lucen las plumas de quetzal, la música de cuerdas y tambores, los colores espléndidos de las flores, y desde donde se vislumbran en los valles las lluvias generosas y las mazorcas dobles de cinco colores.

Ahora el campo es para los campesinos y las ciudades parecen ser de los conquistadores. De la antigua Tula sólo quedan restos profanados por el turismo que va tras el folklore, que ni entiende ni le importa la grandeza de la tradición esa palabra que vibra en el aire de generación en generación.

7. LA GRAMÁTICA DE LA IDENTIDAD

Desde la cultura, desde una nueva visión de la vida rural, desde una búsqueda de la identidad creamos una nueva gramática para hablar de lo que a muchos no les gusta que se diga. Una nueva geometría que oriente de la verticalidad de la dominación a la horizontalidad de la hermandad y el servicio común; de los planos cósmicos a la profundidad de los mundos subterráneos, y de la cuaternidad de los vientos a la intimidad del ser en la vida comunitaria.

Tendríamos que inventar una nueva gramática de la identidad, donde la inclusión en el nosotros eludiera el individualismo competitivo y discriminador de las políticas económicas neoliberales y de las políticas educativas hegemónicas, pero que, a la vez, previniera de la cerrazón de las colectividades que asustadas ante su vulnerabilidad se cierran sobre sí mismas y radicalizan postulados que terminan por excluir, igual que los impuestos desde la conquista y la voracidad, a los seres que no comparten colores de piel o declaraciones de religión y política.

Por eso, la pregunta está en el aire, ¿cómo crear el nuevo discurso que permita ir más allá de la ‘tradicción’ cerrada o de la incoherencia del mensaje masivo de los medios de comunicación? ¿Cómo estar unidos todos, sin esperar más de los paternalismos o favoritismos caprichosos de los sistemas gubernamentales? ¿Cómo adquirir la capacidad del servicio al hermano en la propia colectividad, sin pisotear su rostro u ofender su corazón? ¿Cómo conjugar los nuevos verbos de amor y certidumbre en los ritmos cíclicos del cosmos y de los seres humanos?

Esa nueva gramática requerirá una nueva semántica, donde cada palabra signifique una sola cosa, una cosa verdadera, consistente, coherencia entre el pensar y el hacer, y que nunca más sea manipulada para exprimir a los marginales y a los más necesitados. Va a requerir, también, de una nueva sintaxis, donde el orden se oriente hacia el respeto pluricultural, de las etnias y de las lenguas. Y requerirá, finalmente, de nuevas reglas que nos permitan recordar, que nos alienten a soñar y que nos brinden la oportunidad de realizar esos sueños.

8. LA GEOMETRÍA DE LA IDENTIDAD

Esa gramática de la identidad conlleva la creación de una nueva geometría, de los rascacielos a las pirámides. Una geometría de la política, donde las líneas verticales del centralismo se diluyan en la composición fractal del reconocimiento pleno del saber de todos los pueblos y sus costumbres que afirman la urgencia de la igualdad multicultural, de la unión interracial, de la libertad para que la conciencia humana genere esos nuevos mundos ya soñados por nuestros padres: utopía y Tula, los pueblos autónomos zapatistas y los anhelos por mejorar la calidad de vida. Y porque se respeten los derechos. En verdad creo que más vale trabajar por un sueño libertario que despertar ante la pesadilla de la opresión impuesta.

Esta nueva geometría abrirá la posibilidad de que se reconozca la identidad abierta a todos, la visión de una humanidad de múltiples colores que se acerca a la misma respetuosa hermandad a través del planeta azul: una nueva concepción de la globalidad que permanezca ajena a la usura trasnacional y que se base en la autosuficiencia y la autonomía de lo local y no en la imposición hegemónica, económica, política, militar o cultural de los centros del poder imperial.

9. LA GEOGRAFÍA DE LA IDENTIDAD

A partir de la geometría podríamos arribar a una concepción holística de nuestro lugar y de nuestro papel en el mundo. Tener la certidumbre en el cuerpo y en la sangre de que somos uno con la tierra, el agua y todos los recursos de la biosfera. Que todas las especies tienen un papel que desempeñar en la armonía universal, que nada del mundo es ajeno a la mujer y al hombre y que, por ello, debemos asumir con humildad y respeto, la restauración y conservación, de nuestra madrecita tierra.

Propongo que el campo reciba a la ciudad, pues en el campo aun se conserva la esencia de la vida en tanto que la ciudad necesita recordar las reglas elementales de la convivencia con los elementos y con los seres que alegran al planeta. No es en los grandes establecimientos comerciales donde los seres humanos encontrarán la identidad con el mundo que los sostiene y envuelve. Los niños y los jóvenes, las mujeres y los hombres deben volver a la vida de la ruralidad para saber de dónde vienen, a dónde van y cuál es el sentido de su existencia y el apremio de su esfuerzo.

La única forma de salir del estrés y de la depresión es el contacto con la realidad de la tierra y del agua, del viento y del maíz. Somos sol, somos tierra, somos polvo de las estrellas y por lo tanto ilimitados e infinitos. Nuestros miedos surgen de nuestra impotencia ante el fluir cósmico de ritmos de vida que comprenden el ciclo de nacer, crecer, reproducirse, morir y revivir.

10. LA TEMPORALIDAD DE LA IDENTIDAD

Estos ciclos nos dan una nueva temporalidad. No se trata de una línea recta que lleva de la vida primitiva al progreso del confort y del consumo. Se trata más bien de un círculo que permite contemplar al hombre desde su ignorancia hasta la vuelta a su origen para que contemple su rostro en la vasija con agua; contemple su carne en la tierra roja y en la ceniza azul; contemple su ánima en el torbellino del aire que penetra en el patio y arrastra las plumas caídas y las hojas muertas.

La temporalidad es la secuencia cierta de los ancianos a los descendientes, de los abuelos a los hijos y de estos a los nietos. Es la secuencia que evita que pongamos el énfasis en nuestra presencia presente, a fin de que podamos asumir que somos carne por donde habla la voz grave de los ancestros y ámbito espiritual donde se animan a volar quienes habrán de venir.

11. LA SIGNIFICACIÓN DE LAS FIESTAS Y DE LOS RITOS DE LA IDENTIDAD

De ahí la importancia de las fiestas y de los ritos de la identidad. Recuerdan con los honores a la bandera, con las palabras de bienvenida de las autoridades locales y con las danzas guerreras que somos parte de un nosotros que trasciende al yo asustado que permanece atado al peso, a la serpiente que, sin embargo, pronto habrá de emprender vuelo. Somos parte de un Nosotros, desde este yo pequeñito que me permite saber de mí, pero que es incapaz de hacer conciente la amplitud del Ser.

Las fiestas y los ritos nos recuerdan que somos parte de una composición fractal donde la horizontalidad exige el respeto y el servicio a los otros. Nos recuerdan que somos parte de una tierra y de un cosmos que da origen y envuelve, que permite ser en ciclos de vida y muerte, de amor y miedo, de fraternidad y ambición.

Las fiestas y los ritos nos ligan a los elementos y a nuestros hermanos que fertilizan la tierra con el sudor de su cuerpo.

12. LOS OBJETIVOS DE LA IDENTIDAD

De tal manera las fiestas despiertan la conciencia de que la identidad de todos los nacidos, de todos los que hemos formado nuestra carne y sangre con la fuerza y la savia del maíz, nos anuda en las grandes espirales que conforman las cinco ceibas que sostienen el mundo y que nos permiten esperar la luz y la energía de un nuevo sol.

Somos el nosotros de los pueblos autóctonos y mestizos, que estamos, por convicción y obligación al servicio de toda la humanidad a fin de recordarle que una cultura y una espiritualidad pueden sobrevivir más de quinientos años desde el dolor y la exclusión, así como desde la conciencia del ser, a pesar de haber sido y estar siendo despojados del tener.

Y si bien es cierto que tenemos mucho que aprender de todas las naciones que voltean sus ojos hacia las estrellas a la vez que atienden a los surcos de la tierra, también es verdad que tenemos mucho que enseñar y que aportar al canto sinfónico de todas las naciones.

FIESTAS DEL MAÍZ



